

Antiguas fuentes de Burgos

FUENTE DE SANTA MARIA

El Burgos primitivo, empinado en los declives del Castillo, contemplaba en la llanada ribereña la amplia cenefa de huertos y labrantíos fecundados por los ríos Arlanzón y Vena.

La vega, arroyada por acequias llamadas esguevas, componía una estampa de verde lozanía con intimidades umbrosas y rumores de regatos. Las pueblas sucesivas incrementaron la densidad urbana, mas la limpia transparencia de las vegueras se enturbió, contaminándose las aguas con toda clase de residuos remansados en presas de molinos y topíneras.

Apremiaba la necesidad de agua potable para la ciudad en auge y el Concejo burgalés la proveyó con los manantiales que afloraban en la austera desnudez del parameral que asciende por los ribazos de la orilla izquierda del Arlanzón.

En el año 1239, reinando en Castilla San Fernando, los alcaldes de Burgos otorgaron en nombre de la ciudad «a las dueñas descalzas del monasterio de Santa Marina, que viven en Burgos, carrera de Santa Cruz, las aguas de la Fuente de la Loma» (Cerca del barrio de Cortes).

La donación, revestida de tan venerable antigüedad, creó un pequeño oasis, recóndito y soleado, en el secano de la vega, conocido, pocos años después, con el nombre de Monasterio de Santa Clara y a sus monjas con el de «Menoretas de Santa Clara», alusión viva a sus hermanos los frailes menores del bendito de Asís, y expresiva, también, de una popularidad cimentada en entrañables afectos.

En la misma época, y con idéntica procedencia, surgió la fuente de Santa María, frente a la puerta principal de la Catedral. El recuerdo más antiguo remonta a la segunda mitad del siglo xiv y va unido a la dotación

de una capellanía con un parral cercano al monasterio de San Agustín «por el qual parral viene el caño de la fuente de Santa María».

Su sostenimiento corrió a cargo del Cabildo Catedral y del Concejo burgalés, y al cesar de manar, por descuidos y negligencias, en el año 1395, el rey Enrique III, delegó en Ferrandes de Carrión, alcalde del Adelantamiento de Castilla y en el bachiller Tordesillas, para concordar ambas corporaciones y terminar con la inhibición del Cabildo, refractario a costear el reparo de la fuente.

El concierto se logró, por cuanto en 1403 los judíos Ifreque de Briviesca y Samuel, hijo de Rrabiges, latoneros de Burgos, declaraban haber recibido de don Juan de Villacreces, obispo de Burgos, 5.100 maravedís, a cuenta de los 8.000 que el prelado debía aportar en unión de otros de la ciudad por el arreglo y aderezo de la fuente.

Las frecuentes roturas de las cañerías de conducción provocaban con el escape de aguas, barrocos encharcamientos de calles e inundaciones en sótanos y bodegas de las casas vecinas, encomendándose en 1459 a Juan de Colénia, maestro de las torres de la Catedral, el estudio de un presupuesto para eliminar estos inconvenientes.

En 1498, el maestre Fadrique Alemán, impresor de Burgos, tomó a su cargo la composición de los encañados, desde la toma del agua en los páramos del Sur de la ciudad hasta el arco de San Agustín, en Valdecardeña, y viaje hasta la pila del Azogue (subida a San Nicolás) «que es delante de la puerta Real de la yglesia mayor».

La ciudad, celosa de un servicio tan vital para el denso vecindario que circundaba a la Catedral, recurrió a la colaboración de los vecinos más distinguidos y capacitados: en 1502, el maestre Fadrique, seguía vinculado a la obra de la fuente con salario anual de 7.500 maravedís. y en 1513, el Concejo, por su alcalde mayor Francisco de Lerma, invitaba al famoso Felipe de Vigarny a encargarse de ella.

A mediados del siglo XVI—año de 1567— la fuente dependía exclusivamente de la Ciudad. Autoriza esta presunción la merced hecha por el Ayuntamiento a Andrés de Ecija, morador y propietario de casa y huerta en Caldavares, para el aprovechamiento del sobrante de agua de la fuente de Santa María. Una parte del agua tomada de la pila había de ser guiada a costa de Ecija con caños de tierra embetunados a la plaza del Sarmental, en la cual se comprometía a construir un pilón de piedra de Hontoria y a tenerle siempre lleno para el servicio de todos y para beber las bestias. La otra mitad la podía llevar por la calle de las Tabernillas (salida de la plaza de Santa María hasta el fondo de Caldavares y Santa Agueda) hacia su casa y huerta.

Frente a la suntuosa portada catedralicia, la fuente, con sus galas ornamentales aspiraba no sólo a un efecto estético sino a un acercamiento místico con la celestial Señora del Santuario, ya que su imagen escultórica se erguía sobre ella, tutelándola al ser puesta bajo su advocación.

Del año 1571 es el concurso del Ayuntamiento burgalés para la renovación de la fuente de Santa María, de conformidad con la traza del maestro de cantería Juan de Morgata. En el proyecto, el vaso principal, de una concavidad de dieciocho pies, levantaba sus antepechos de piedra de Honoría con grada exterior, sobre la que se apoyaba, asida al antepecho, la caja o templete con su frontispicio, albergue gentil de la estatua de Nuestra Señora. De la profundidad del vaso surgía una columna de seis pies de altura con base y capitel, y sobre éste un segundo vaso de seis pies de anchura, ochavado o panelado con ocho cabezas, cuatro con caños fluyentes, ornamentales los otros cuatro, coronado por la pieza de metal de la fuente anterior, con sus remates y manaderos.

Tuvo la preferencia para su ejecución Matías de Castañeda, hijo de Pedro de Castañeda, maestro de las obras de la ciudad a la muerte de Juan de Vallejo.

La gran crecida de 1582, desbarató varias arcadas del puente de Santa María, cayendo al río los caños de plomo que conducían el agua a la fuente, y si bien se puso la mayor solicitud en su recuperación, hubo necesidad por parte de la ciudad, de adquirir plomo y estaño para encañados del puente de madera, provisional, construído y limitar la interrupción de un servicio que tantos perjuicios y molestias ocasionaba.

Durante siglos, la fuente había vivido como sumergida en un espeso hacinamiento de casas que le ahogaban.

El obispo don Pablo de Santamaría inició, hacia el año 1429, un plan de derribo de viviendas apretadas a su alrededor, con vistas al aislamiento y espaciosidad de accesos de la iglesia, así nació a mediados del siglo xv la plazuela del Azogue (Subida a San Nicolás) mas la plaza actual de Santa María no adquirió configuración hasta el año 1674, tras el derribo de las últimas casas, propiedad de don Andrés Melgosa.

La Catedral cobró decoro y prestancia, la fuente respiró holgura, libre de vulgares adherencias y la efigie de Nuestra Señora, en piedra transida de espiritualidad, mantiene candorosa placidez, saludada por el eco de un constante «Ave María» que llega de las puertas del santuario para sumarse al rumor del agua de su fuente de Santa María.

FUENTE DE SAN ESTEBAN

La primitiva instalación de la fuente respondió a la propia iniciativa de la vecindad o colación de San Esteban, muy inclinada a obrar con amplia autonomía en diversas manifestaciones de la vida social.

La ciudad no tuvo intervención en la localización, aprovechamiento de manantiales, encañados y construcción de la fuente.

Su antigüedad nos es desconocida. En la segunda mitad del siglo XV la encontramos ya situada en la plaza de la iglesia.

Inciertos manantiales existentes entre el Cerro del Castillo y el de Miguel, la proveían de agua, y en 1496 se alude a una tierra próxima en la puerta de San Esteban, donde se encontraban las arcas y caños, cuya vaga determinación la situaba entre el camino que iba a San Andrés (a espaldas del Castillo) y el que subía a las Viñas y ermita del Cerro de San Miguel.

Pocos años después —1476— se consignaban cantidades en abrir y cerrar zanjas, empalmar caños en el camino de San Andrés y alzar la fuente, con remuneración para el cantero Pedro de la Revilla.

En la reunión de vecinos en la iglesia de San Esteban, el año 1493, el mayordomo Pedro de Padilla manifestó que la fuente no manaba por haberse quebrado los caños en la tierra de Gonzalo de Gorjes, el cual alegaba, por otra parte, ser el agua de su propiedad, afirmación atajada por Padilla en el sentido de que el agua era propiedad de la vecindad y por sus caños venía libremente a la plaza «y el recogimiento de pila y aderezos estaban en la dicha plaza de cien años acá o más».

Las renovadas interrupciones en la fluencia de las aguas, por prolongadas sequías y por rotura de encañados que frecuentemente las sumían, obligaron a la vecindad a solicitar el apoyo del Concejo burgalés, quien en 1502 subvencionaba al famoso cantero Nicolás de Vergara, destacado vecino de la barriada, con seiscientos maravedís para el reparo de la fuente, y en 1516, con mil quinientos, para su conservación y remedio de incendios «porque la dicha fuente cada año ha menester reparaciones».

La necesidad apremiante de agua, agravada en el paso de los años, dictó en 1562 al procurador mayor Guerra de la Vega, el propósito de subir una fuente muy abundosa de las inmediaciones de Cortes. Tal idea no encajó bien en el Ayuntamiento burgalés, opuesto a la inversión de ocho mil ducados en beneficio de una vecindad con tendencia a desplazarse hacia el llano de la ciudad, a partir del cerco del Castillo en 1475, y a la que se daba por extinguida en un corto plazo, por considerar, con singulares argumentos, que el proceso de su existencia había recorrido

y traspuesto los caminos de su «juventud, virilidad, vejez y senectud», y que, por otra parte, la invención de la artillería no justificaba ya el apego de estas barriadas a los ásperos declives del Cerro del Castillo,

Esta resistencia no impidió que la pretensión llegara al Rey, en 1569, asistida ahora por el empeño de todas las barriadas altas, carentes igualmente de agua para el servicio de sus hogares y remedio de incendios, que aceleraba su des población y lastimaban su legítima presunción, derivada del orgullo de tener en ellas las casas del Conde Fernán González y del Cid Ruy Díaz.

Con la conformidad del Consejo Real, la obra fue rematada en siete mil ducados y puesta bajo la dirección del regidor Quintanadueñas. El tiempo se encargó de consumir plazos, gruesas sumas de maravedís y hasta las ilusiones de los burgaleses de las alturas, desvencidas por la ninguna eficacia de los trabajos realizados.

Nuevamente acudieron al Monarca, en 1577, en solicitud de un ingeniero de fuentes de la Corte, con salario de tres ducados diarios, obligado a examinar los encañados hechos para guiar y subir el agua, y dictaminar, en definitiva, si se podía elevar, sacándoles de una incertidumbre que desembocaba en el más profundo desaliento, «ya que hasta agora no había subido el agua».

En los años siguientes otros artífices llegados a Burgos fracasaron en sus tentativas, al ver reventadas por la fuerza de la corriente los encañados de madera, plomo y barro.

Renació el optimismo en el año 1585, con la presencia en la ciudad del ingeniero Bernardo Toriano (probablemente de la familia de Juanelo Toriano, constructor del acueducto de su nombre en Toledo, muerto en 1575) para subir y encañar la fuente, manteniéndola manante y corriente durante cuatro años. En 1586 ya tenía cumplido buena parte del viaje, con caños de pino y de plomo, abriéndose risueñas perspectivas para todos, y en especial para la gente pobre de la barriada, muy trabajada por las cargas de agua que había de trasportar, dada la mucha distancia de las fuentes de abajo y la penosa subida del Cerro, donde estaba enclavada la vecindad.

Abortadas las tentativas de la elevación del agua, la desesperanza cundió en la barriada, reflejada en una exposición al Rey, en 1592, con patéticas alusiones a la fuente antigua que había cesado de manar, a las iglesias, principalmente a la de Santa María de la Blanca, a punto de ser cerrada, con natural olvido de sufragios de difuntos que les dotaron, y al Castillo, inerme, a falta de agua, para combatir los dos últimos incendios, provocados el uno, por descuido, y el otro, por «un rayo que cayó del cielo», con alarma en la ciudad, en riesgo de ser destruída por la gran cantidad de pólvora almacenada en la histórica fortaleza.

Felipe II autorizó, en 1594, el concierto — desinteresada ya de proyectos de subida de aguas — con el maestro de cantería López García de Arredondo, para instalar una fuente entre la calle de San Llorente (Fernán González) y el Hospital de los Ciegos, con la finalidad de proveer de agua a los barrios altos, dando licencia para extraer de la sisa del vino catorce mil reales. La fuente del Hospital de los Ciegos era una mezquina realidad para el desamparado caserío burgalés en el año 1616.

En este siglo XVII, roído por la adversidad, la vecindad de San Esteban, crispada en agotamientos y miserias, aceleró su desplazamiento y multiplicó las ruinas, con las casas abandonadas de sus calles en pendiente, que habían dado hogar a lejanas y olvidadas generaciones, y en la creciente desnudez del Cerro, invadido por la ciudad, parecía flotar la melancolía de su frustrada fuente, cuya subida había de coincidir, paradójicamente, con el descenso de sus moradores a la llanada del Arlanzón.

* * *

FUENTE DEL MERCADO MAYOR

Fernando III señaló en el año 1230 cierta extensión de la glera, entre los ríos Arlanzón y Vena, para mercado de la ciudad.

El Vena, incrementado por el Arlanzón, penetraba desde el Morco y los Vadillos por un ojo de la muralla, llamado arco de la Moneda (frente a la Plaza de Toros), parte de sus aguas, y con el nombre de río Vena, seguían al descubierto el trazado de la moderna calle de la Moneda, para alcanzar el Arlanzón por los hierros del arco de la Carnecerías Mayores (Hondillo) abierto en la muralla cerca de la puerta de San Pablo.

En este último tramo el río Vena, acompañado de escolta de álamos en el siglo XV, separaba este mercado llamado Mayor del Mercado Menor (hoy Plaza Mayor o de José Antonio), ambos enlazados por la portezuela o puente de los Trigueros, que los burgaleses, en su afán de ornato, quisieron, en 1521, ensanchar y armar sobre él tiendas y boticas.

Al mediodía la muralla (en su perfil por la calle de Vitoria) deslindaba del resto de la glera y río Arlanzón, el terreno destinado a este mercado y una profusión de huertas sometidas, en los siglos XIV y XV, a una transformación urbana o «puebla», la más moderna de todas las burgalesas, cuyo nombre persiste en una de sus calles.

El Mercado Mayor ocupaba el área de las modernas plazas de Calvo Sotelo y Santo Domingo de Guzmán. Los portales de Antón no existían.

Paralelo al río de la Moneda, bajaba la calle de Comparada (hoy de Santander), en cuyo final, abierto a la amplitud del Mercado, existía ya en

1255 la Fuente de Comparada. Nombre aplicado por el Canciller Ayala, igualmente al Mercado en 1367, al situar en la espaciosidad de la «grand plaza de Comparada» mil hombres de armas y un contingente de arqueros ingleses del príncipe Negro, aliado de Pedro I de Castilla.

Mas el Mercado y la calle de Comparada, con sus respectivas denominaciones aparecen siempre diferenciados.

El Mercado Mayor era la plaza del Concejo donde se acostumbraba, con anterioridad al año 1425, a celebrar las ferias de la ciudad, con privilegio de vender en ella la madera que forzosamente había de entrar por la puerta del Mercado (San Pablo), ya en el siglo XIV se situaban unas casas en «Comparada, delante el Mercado do venden los bueys».

Hacia 1486, estaba levantada la Casa del Cordón o del Condestable don Pedro Fernández de Velasco, y en 1488 su esposa la Condesa doña Mencía solicitaba de la ciudad el agua de una fuente inmediata a la ermita de San Ginés para guiarla con caños hasta su palacio. No sabemos si estas aguas de San Ginés eran las proveedoras de la antigua fuente de Comparada, o si procedían de algunos manantiales del Morco, recogidos para una fuente «junto a Santo Lesmes», construída antes de 1544 con ayuda del Ayuntamiento por los vecinos de la barriada de San Juan.

A mediados del siglo XVI, dos conducciones de agua, de allende el río, cruzaban el puente de San Pablo, con encañados tan someros que corrían riesgo de ser quebrados al paso de carretas y galeras.

Uno de los viajes, alimentaba con aguas del manantial del Provisor (lomas de Cortes) la fuente del Mercado Menor, situada a la salida de la plaza en Trascorrales.

En 1618, la ciudad, al dar por perdidas las fuentes públicas por falta de arcas y encañamientos, acudió al ingeniero Ludovico, encargado por el duque de Lerma de la ordenación de las fuentes en su villa ducal, y ante el elevado presupuesto para su restauración, se recurrió por el Ayuntamiento al Arzobispo de Burgos don Fernando de Acebedo, a la sazón presidente del Consejo de Castilla para conseguir la oportuna licencia, que una vez obtenida, serviría para dotar de agua necesaria a las fuentes del suntuoso parque que el prelado disfrutaba en el moderno paseo de la Quinta.

La ciudad, disminuída en su vecindario y agotada su modesta economía, acometió en el siglo XVIII la empresa de restaurar e incrementar las fuentes públicas.

Se había perdido hasta la memoria de la primitiva fuente Comparada, y la necesidad aconsejaba el traslado al Mercado Mayor de la fuente de la plaza o Mercado Menor, pero ante el lamentable estado de ésta, se optó por la adquisición de una fuente de la quinta del Arzobispo Acebedo,

cuyo propietario, a la sazón el regidor San Zoles, la cedió por dos mil reales, encomendándose al maestro de obras Pedro de Albitiz su transporte e instalación en la calzada que atravesaba el Mercado Mayor, desde Comparada (entonces Juego de Pelota) hasta la puerta de San Pablo.

El 20 de septiembre de 1657, empezó a manar la fuente del Mercado Mayor. Sus características nos son desconocidas, sólo una escueta referencia de 1693, alude a una media naranja provista de cuatro caños, elevada sobre la gran taza, pero que creemos que su abolengo le daba una categoría artística propia del aristocrático parque de donde procedía, y que su silueta surgió con atrayente belleza en las perspectivas de la anchurosa plaza, lo que indudablemente contribuyó a la impresión halagadora que de las fuentes de Burgos se llevó la Condesa D'Aulnoy en su viaje por España, de 1679.

En cuanto a la fuente del Mercado Menor, su antigüedad la daba un aspecto ruinoso, impreso en el pilón demolido, desaguaderos deshechos y pérdida total de su corriente al extravasarse el agua por los pilares de la taza, origen de encharcamientos y privaciones del vecindario. El deseo de desembarazar la plaza, con finalidad de celebrar fiestas y regocijos públicos, aconsejó su desplazamiento a la Gallinería (primer tramo de la calle del Cid, lindero con Trascorrales) y con el nombre de Fuente Nueva de Trascorrales se inauguró en 1658.

La del Mercado Mayor, considerada en el siglo XVII como una de las cuatro principales de Burgos, salvó en 1717 una peligrosa crisis de abastecimiento por la reiterada quiebra de encañados y alcanzó plena restauración en el año 1801, al descubrirse la Fuente Nueva, airosa, en un conjunto integrado por el estanque o taza, pilastra central con grandes camafeos (?) que arrojaban el agua, y un obelisco sobre la pilastra, coronado por una estrella de rayos dorados.

En 1893 el obelisco se desmontó y la estrella se eclipsó al trasladarse la fuente a la plaza de la Libertad (hoy Calvo Sotelo).

No fue la estrella que presidió los juegos de agua en la fontana del Mercado, nuncio de sosiego y paz en la tumultuosa trayectoria burgalesa del siglo XIX: invasión extranjera, guerras civiles, asonadas políticas, crispaban en desconsuelos el alma de la ciudad, reducida a la menesterosa resignación del que todo lo ha perdido, menos la esperanza.

Como símbolo adverso, bien arrumbada, quedó en los almacenes municipales.

FUENTE DEL HUERTO DEL REY

Alfonso VII, Rey-Emperador de Castilla, formalizó en el año 1140 con el Obispo de Burgos, don Pedro, la permuta de palacios o casas con sus huertos, alrededor de la naciente Catedral burgalesa, que habían pertenecido a su abuelo Alfonso VI, por otro propiedad del Obispo, aunque construido por el Monarca en el Solar de Santa María, con su huerto correspondiente.

A éste parece referirse Alfonso VIII, en 1208, al hablar de ciertos baños construidos por la abadesa de las Huelgas, en la Llana de Burgos, cerca del palacio viejo del Rey.

Estos indicios llevan a localizar en las inmediaciones del palacio real la urbanización de una zona denominada, en 1223, «población nueva del Huerto del Rey», donde ya tenían sus residencias, en esa fecha, doña María Remon, sobrina (?) del Almirante Bonifaz, y el alcalde de Burgos, don Juan, cambiador o banquero.

En 1155 «la Cal de Orto del Rey» se incluía en la barriada de San Llorente (Fernán González) y en ella vivía, por el año 1275, don Miguel Estébanez de Huerto del Rey, fundador de la cofradía de los Caballeros, y enterrado con su esposa en la Catedral.

A fines del siglo XIV, un plantel de lo más selecto de la ciudad, mercaderes y caballeros, avocindados en el Huerto del Rey, entraban en el contingente de lanzas ordenado para el sostenimiento del orden por el Rey Enrique III, en el año 1391.

La nómina de mercaderes, moradores en el Huerto del Rey a principios del siglo XVI, era distinta en número y calidades, dentro de la característica burgalesa en esa centuria, recogida por Navajero, en 1527, al decirnos que la mayor parte de los vecinos eran ricos mercaderes, en tratos por España y por todo el mundo, con buenas casas en las que vivían muy regaladamente; y efectivamente, en el Huerto del Rey construyeron las suyas los Camargos, Medinas, Españas y Maluendas, en el siglo XV; en las de Hugochoni, San Francisco de Borja celebró, en 1553, la primera misa de la Compañía de Jesús, en Burgos, y en las de doña Catalina de Tolosa encontró, en 1562, afectuoso hospedaje Santa Teresa de Jesús.

De estas casas familiarizadas con el nivel de vida, henchido de refinamientos del occidente europeo, no queda ninguna en el Huerto del Rey, ni aun en el resto de Burgos, salvo contadísimos ejemplares. Sus arraigadas creencias les impelían, con el sacrificio de sus comodidades, a la obsesionante labra de suntuosos enterramientos que, al dar testimonio de su

vida terrena, levantaban la voz de una fe ardorosa en los destinos de la vida eterna.

Si a las sepulturas olvidadas, entre abandonos y silencios, de nuestros templos, pudiéramos incorporar las que se han perdido en monasterios e iglesias destruídas, lograríamos una frondosidad impresionante de tumbas, con acentos en sus epitafios de un lejano esplendor y con hondos e inconfundibles alientos del alma religiosa de la ciudad.

Estas mansiones que los siglos consumieron, soportaron con inexplicable pasividad de aquellos magnates del Seguro y de la alta Mercadería, la expansión de emanaciones pestilenciales de la Algevína, esgueva encañada con cauce abierto entre Huerto del Rey y San Llorente, trayecto de la inmunda arroyada, adensado en malos olores, invasores de aposentos inhabitables, con quebranto de la salud y daño o pérdida de mueblajes, joyas y tapicerías.

Y se les puede achacar de negligentes en los últimos momentos de su prosperidad —aún era Burgos en 1553 «Ciudad principal y populosa»—, al no acrecentar el rango de la encopetada calle con la instalación de una fuente, que, con belleza dealzada y alegría rumorosa del agua, contrarrestara el repelente y negro surco de la Algevína.

El Huerto del Rey carecía de fuente y su abastecimiento corría a cargo de criados y aguadores que, en repetidos viajes, tomaban el agua de las de Santa María, Mercado o de las de Michilote.

Esta última, cuya denominación respondía a la del Hospital fundado en el siglo XV, en la calle llamada de Entrambaspuentes (el de la Moneda y el puente del Canto, posteriormente Avellanos), existía en el siglo XVII, junto a las casas del hospital, en la plazuela de Diego González Medina (hoy Alonso Martínez).

La ilusionada aspiración puesta en la fuente de Michelote, para dotar de agua a las barriadas cercanas, se desvaneció, como tantas otras, en un ambiente castigado por la adversidad. En 1657 se lamentaban de las quiebras ordinarias que padecía, y tres años después los procuradores mayores pedían una reparación que pusiese término al abandono de la fuente desmantelada. Fue el último eco de la fuente de Michilote.

Afortunadamente, en el año 1669 recogemos una alusión a la fuente de Huerto del Rey; en 1670, el alarife Albitiz percibía cantidades del Ayuntamiento por «meter debajo tierra una pila cerca de la ermita de Santa Cruz, con que recoger el agua de la fuente del guerto del rrey», pero ya en 1674 la fuente no manaba por tener deshecho el encañado, aunque se la incluía en la categoría de las cuatro fuentes de la ciudad: «Huerto del Rey, Mercado Mayor, Vega y Santa María».

En las vicisitudes de la guerra de Sucesión, la reina Gabriela de Sa-

boya, esposa de Felipe V, residió en Burgos durante el verano de 1706, y su estancia repercutió lamentablemente en los encañados de las fuentes, por la concurrencia y tránsito de coche, galerías y carros, llegados con la casa real de la joven soberana. Los daños pudieron remediarse, en lo que afectaba a la del Huerto del Rey, aunque sin corregirse los defectos de construcción de las arcas, cuyas aguas, en 1763, se vertían y remansaban cerca de la puerta principal del Monasterio de Santa Clara, convirtiéndose en lagunas insalubres vastos espacios que inundaban casas y tapias que el Monasterio de San Pablo poseía en aquella barriada.

La fuente iba a adquirir, poco después, ese aire de amable monumentalidad y un acento mitológico despegado de la tradición realista de Huerto del Rey.

En el año 1749, un fragmento de jaspe procedente de Mañaria (Vizcaya), destinado a la capilla del palacio real de Madrid, cayó del transporte galerero, frente a Quintanavides, en el camino real de Briviesca a Burgos. Allí quedó roto y arrumbado hasta que el regidor don Felipe Antonio de Salamanca, a quien incumbía la obra de la fuente de Huerto del Rey, pudo concertar, en 1763, la adquisición en 1800 reales, de la pieza destinada al realce de la fuente.

Coronada por la divinidad pagana de «La Flora» sentada sobre un delfín, ofrenda con impasible generosidad la abundancia de agua, que, en chorros cristalinos, despiden la boca del delfín y el jarrón que la diosa sostiene bajo su brazo.

El grupo, en plomo, según inscripción del cuello del jarrón, fue obra de Manuel Romero, escultor de la Catedral por los años 1765 y 1774, fecha a la que, lógicamente, hay que referirla.

Desde entonces, el grupo de intrascendente paganía presidió la concurrencia de los ya alejados aguadores, improvisó amistades en alborozadas tertulias de sirvientas, familiarizadas con la Flora, y escuchó la algarrabía de juegos infantiles, que llenaban con sus rumores estas casas de Huerto del Rey, desnudas de urbana presunción en la sencillez de sus líneas constructivas, albergues de unos hogares de modestia recatada y de ordenada intimidad, abiertos por balconajes y miradores a la quietud de la amplia calle, con honores de plaza, donde el sol se remansa en sosiegos no perturbados aún por el ritmo acelerado de ruidos y estridencias callejeras.

TEOFILO LOPEZ MATA

(De «Diario de Burgos»)